

Texto enviado por D. Gonzalo Rojas para la presentación

MADRE YACENTE Y MADRE QUE ANDA

Así las cosas, todo sigue siendo rehallazgo en este mundo.

Soy del 17, avanzo sigiloso a los 93, y todavía la oigo a *la Mistrala*, niña sabia y portentosa, hablándome al oído, como en mis mocedades. Me habla claramente, en esa lengua suya, la del fundamento.

Madre yacente y madre que anda, siempre insistió Gabriela en no haber aprendido esta palabra suya libre y castiza en la fuente de los clásicos de nuestra España, «la perdedora», como se atrevió a llamarla. Y en defensa de los arcaísmos que iban con su escritura y su habla, agregó: «El campo americano —y en el campo yo me crié— sigue hablando su lengua nueva, vetada de ellos. La ciudad, lectora de libros doctos, cree que un tal repertorio arranca en mí de los clásicos añejos, y la muy urbana se equivoca».

Me gusta esa rebelión como aquella tan sostenida y terca contra las acechanzas del posmodernismo. Alabo su austeridad frente a las modas y las vanguardias, y su desconfianza del «experimentalismo», más cerca siempre de la impostura que del auténtico sonámbulo que se arriesga en el vacío. «No me espantan las novedades lúcidas del día —escribe a Hugo Zambelli el 48—, solo me hartan cuando la locura resulta falsa, manida, aprendida, inventada. El frenesí no puede, o no debe inventarse. Pero la marejada viva, verde blanca... y negra, me place: lo saboreo en lo que es».

Porque en esto hay que entender muy claro a la Mistral. No se trata de la aversión por la aversión al cambio. También ella hizo el suyo desde su órbita originaria. En la libertad de su silencio fundacional, el silencio de las piedras, en el que se formó la niña con todas sus niñeces en la lengua ácida y desollada.

Las piedras mudas, de tener el corazón
más cargado de pasión que sea dable
y que por no despertar su almendra vertiginosa,
solo por eso no se mueven.

(«Elogio»)

Está escrito que la loca geografía no va con lo sedentario y exige recomenzar todo en el ejercicio nada idílico de unas marchas forzadas, como lo dijo ella en su *Chile y la piedra*. Toda ella errante permanece, sin embargo y mistralianamente libre, con la amarra en la cordillera. La clave primordial de sus visiones es la patria inmediata de la infancia como si en ella se suspendiera el tiempo: «Errante y todo, soy una tradicionalista que sigue viviendo en el valle de Elqui de su infancia». La cordillera viva que fue siempre Gabriela nos enseñó la piedra fundadora como nadie. Así se lo dijo una vez a Alfonso Reyes, el mexicano de la región más transparente. «Esto de haberse rozado en la infancia con las rocas es algo muy trascendental». De ahí el respiro del ritmo desde donde arranca todo.

MADRE YACENTE Y MADRE QUE ANDA

En los días más lúgubres cuando estamos más muertos
que los difuntos sopla
tu caricia en el aire
de la conversación y parece que un golpe
nos para en pie por dentro pero nadie Gabriela,
pero Elqui abajo nadie libremente la cumbre.

Nadie la cordillera porque si despertara
el hombre de su piedra sigilosa, si nunca,
si nunca más hubiera
vanidad ni doblez, si la máscara nunca,
la persona, la máscara, si naciendo naciera.

GONZALO ROJAS